

á escape; y en breve la calle vuelve á tomar su aspecto ordinario.

No seguiré al gobernador general en sus recepciones oficiales ni tampoco en sus visitas á los embajadores de la provincia de Surabaya, y me limitaré á referir la brillantez de una fiesta ecuestre, especie de carreras de caballos que el príncipe de Surabaya le dió en el campo de maniobras.

Figúrese el lector una inmensa llanura rodeada de

banianos, alrededor de la cual se colocan tres ó cuatro filas de caballos y hombres armados. En esteras estendidas en el suelo esperan los príncipes que deben tomar parte en la fiesta á que el gobernador vaya á colocarse en la tribuna levantada para él en el centro de la llanura.

Tengo tiempo para examinar sus facciones, los extraños adornos de su traje de corte y las maravillosas telas de sus *sahrongs* y de sus cinturones.

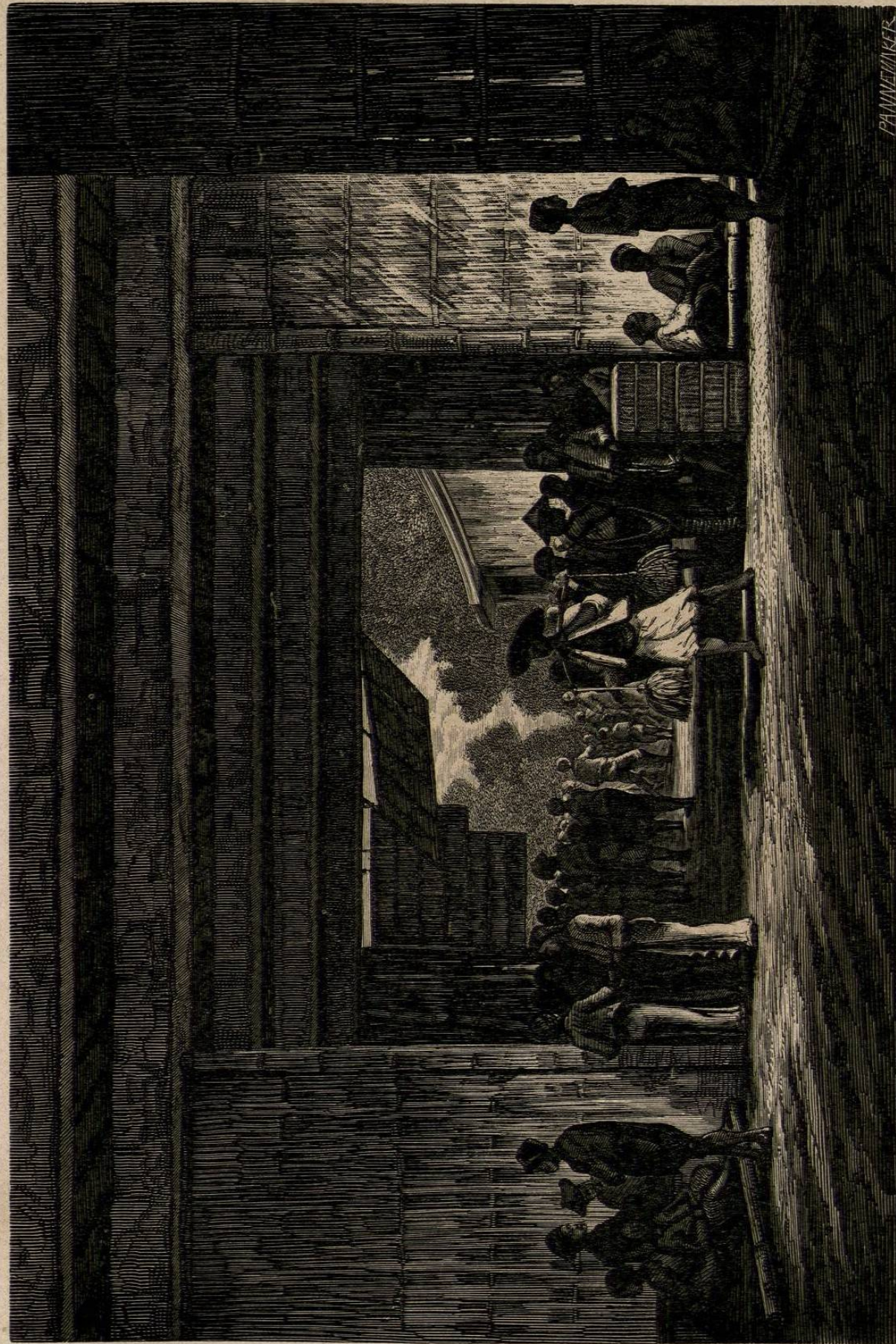


Mercado al aire libre en Surabaya.

Muchos de ellos pertenecen á la raza azul, y la piel de su rostro parece hallarse alumbrada en medio del día por un rayo de luna. Sus facciones, que tienen una delicadeza y regularidad perfectas, y que están bañadas de esa tranquila melancolía de los orientales, me recuerdan involuntariamente los tipos que Leopoldo Robert ha inmortalizado en sus *Segadores*; sus movimientos están llenos de gracia y suavidad, y la única falta que podría ponerse á aquella hermosa raza es la de ser algo afeminada.

Su traje es de los mas extraños. El *sahrong* de seda de bellísimas tintas y atado al talle con un cin-

turon flotante que cae sobre un pantalon muy ajustado, tiene brillantes bordados de oro y deja ver el pecho, los hombros y los brazos cubiertos para aquella ceremonia de polvos de arroz y azafran. El adorno de la cabeza es un cono truncado azul, encarnado ó negro y adornado con galones de oro ó de plata, según la dignidad del que le lleva; sus orejas están adornadas de una especie de ala de plata (*sumping*), de esquisito trabajo por su finura y ligereza; y he sabido que las flores de nictanto que están unidas á aquellas reemplazan en la ocasion presente á los diamantes que llevan ordinariamente, atencion delicada



Un bazar Glapp en Surabaya.

que han tenido las personas de la corte con el regente que da la fiesta y que es el único que hoy conserva su pedrería.

Casi todos los príncipes van acompañados de oficiales que forman su comitiva entre los cuales se distingue el porta-sombrilla, que es el encargado de librar el cutis de su señor de los rigores del sol. Aquellos enormes quita-soles dorados, encarnados, verdes, azules, plateados y negros, producen un efecto extraño; este mueble hace á la vez de escudo y de lanza, y es á un tiempo militar y gracioso.

Los caballos tienen hermosas sillas semi-árabes, su borren, que tiene forma de gaita es muy original: unas están cubiertas de paño de color de escarlata y otras bordadas de oro y plata. Entre la correa del estribo y los flancos del caballo hay una tabla pintada y cincelada de agradable vista, pero que debe impedir al animal el sentir la presión de las piernas del jinete. En la grupera se ven gruesos adornos de oro y plata cincelados con exquisito gusto; la cabezada y la brida se parecen mucho á las de los árabes.

En breve se observa grande animación en todos los grupos. Los hombres se levantan, los caballos se aprietan, se empujan y empiezan á piafar: todos montan á caballo y se colocan en columna. Acaba de llegar el gobernador general, y el regente ha hecho la señal correspondiente.

Entonces principió la fiesta, que fue muy larga, muy complicada, muy cansada para los actores como para el público, y que duró algunas horas. Como la descripción que hiciéramos solo daría una idea incompleta de la fiesta, nos limitaremos á indicar los incidentes mas notables.

Todos los jinetes están á caballo; la inmensa columna se lanza al galope y recorre tres veces el campo; los sahrongs flotan, los cinturones brillan al sol, y aquel resplandeciente torbellino pasa y repasa por el polvo dorado que levantan sus quince mil caballos. Luego se dividen los caballos en dos partes y van á colocarse en los extremos de la llanura. Los dos ejércitos se dan una carga á la manera de los árabes en sus *fantasías* y se detienen en el momento en que se van á encontrar, volviendo atrás para volver á dar otra carga.

Después vuelve todo al orden primitivo y principian los desafíos parciales. Dos ó cuatro caballeros se separan de su cuerpo de ejército y se lanzan á la arena; se amenazan con la lanza, caen unos sobre otros, se evitan, se persiguen y se encuentran de nuevo, hasta que el mas diestro desmonta á su adversario ó derriba de un mismo golpe al jinete y al caballo.

Todos estos ejercicios, que duraron mucho tiempo, me convencieron de que los javaneses conocen tan bien como nosotros las reglas de la equitación, á pesar

de lo que se ha dicho acerca de su ignorancia en este punto.

Después de la parte seria y dramática se pasó á la jocosa y divertida. Se soltaron á la arena en medio de las carcajadas de la multitud, unos caballos en los cuales iban atados unos muñecos que representaban chinos, malayos y también oficiales holandeses. No hay nada mas cómico que ver á aquellos potros espantados al principio que van á olerse las narices mutuamente, y después de haber hecho conocimiento unos con otros se ponen á jugar sin cuidarse de que la carga que llevan esté ó no en su lugar, y vá á parar unas veces de lado, otras cabeza abajo ó en cualquiera otra posición ridícula y peligrosa.

Así termina la fiesta. El regente se apea y hace que le ponga sus chinelas uno de los hombres de su comitiva; porque se me ha olvidado decir que los caballeros van descalzos á caballo y cogen el estribo entre el pulgar y los demás dedos del pie. El regente se dirige al gobernador general, y ambos pasan revista á la guardia de honor, la cual ejecuta al pasar, á manera de saludo, los movimientos y balanceos de lanza mas extraordinarios.

Aquella fiesta ecuestre me interesó mas porque habia tenido ocasión de apreciar las cualidades de los caballos del país. En efecto, tuve ocasión de comprar en Batavia por 10 rupias un lindo tiro de caballos *gwenhungs* originarios de las montañas como su nombre lo indica. Este escaso valor prueba que su raza, tan estimada en Calcuta, no lo es mas en su patria que los profetas en la suya. No me doy la razón del menosprecio con que se les mira en Java; son ágiles, robustos, fogosos, y sobre todo soportan el ardor del clima mejor que los caballos de Samba y de Macassar, y si se exceptúa algunas calaveradas disculpables en los potros, no he tenido motivo de quejarme de los míos. Además su reseña es la siguiente: cabeza grande, vientre abultado, piernas finas y musculosas, pelo liso y brillante y color idéntico al de los caballos árabes. Se les alimenta con yerba y algunos puñados de arroz á manera de avena.

Aquí la raza mas rara y mas estimada es la de los caballos *sunda*; su rapidez en la carrera, su vigor y su valentía esplican esta preferencia. Tienen la talla de los caballos corsos, la grupa de león y la crin y la cola largas y formando hondas. He visto uno de aquellos animales saltar en un acceso de furor y de un brinco una barrera de 2 metros y medio próximamente.

En Surabaja se ven mas animales curiosos que en los otros puntos de la isla de Java, á causa de la proximidad y constantes relaciones de aquella ciudad con Borneo y las Molucas.

Un día fui convidado á ver una pareja de oran-

gutanés jóvenes recién traídos de Borneo. Les habian dado para que se paseasen un estenso patio y una gran caja colocada de lado para que durmiesen en ella. Tenian 1 metro y 10 centímetros de altura, y solo se parecían al mono en la parte inferior del cuerpo; y á no ser por el pelo rojo que cubria la parte superior de la cabeza, la espalda y la parte exterior de sus musculosos brazos, los hubiera tomado por malayos de pequeña estatura con las piernas imperfectas. La frente y la cara desnudas y oscuras, sus ojos de un hermoso negro, de figura de almendra y algo inclinados hácia la nariz, sus mandíbulas anchas y bien formadas, y sobre todo la figura de sus dientes, se parecen á los tipos distintivos de la raza malaya; y para que la ilusión fuese completa, ví que cogían los alimentos con sus dedos, haciendo los gestos peculiares de los indios. La hembra que se parecia extraordinariamente á la mujer de mi cocinero de Batavia, habia encontrado una cestita de bambú y habia hecho de ella un sombrero; pero no comprendiendo bien el uso de aquel apéndice, se le ponía á la sombra, y cuando andaba por el sol le llevaba debajo del brazo con la elegancia que un joven diplomático lleva su *clac* en una *soaré*.

Ya he dicho que habia comprado dos cacatoes: uno de ellos me dió una prueba de afecto y de inteligencia que voy á referir.

Aquellos dos pájaros habian principiado por amargarme la vida porque no disfrutaba un instante de reposo, y en mi cuarto habia siempre una bulla espantosa y continua. Por lo mismo devolví el mas camorrista de los dos al comerciante que me los habia vendido, con la esperanza de que la soledad haría callar al otro.

Pero yo no habia tenido en cuenta el afecto de un cacatoo cuando está contento de su amo. Un día que me detuve delante de aquel comerciante, me sentí escalado por un pájaro que se agarraba á mi ropa *ungibus et rostro*, arrastrando consigo su percha móvil. Hice vanos esfuerzos para desasirme de aquel pobre animal que me habia conocido y repetía para ablandarme su repertorio de gracias en malayo y en francés. Por último me compadecí de mi cacatoo y de sus caricias, y le volví á comprar llevándole á casa, donde volvió á principiar el concierto con toda su fuerza.

He visto en Surabaja una cosa curiosa de historia natural, que es muy extraordinaria y poco conocida, aunque ya han tratado de ella algunos naturalistas. Hablo de las perlas vivas que se alimentan con arroz y se reproducen. He visto con mis propios ojos en casa de una señora europea siete perlas reunidas en una cajita: dos de ellas eran el padre y la madre de la joven familia nacida de aquella feliz unión.

Resulta de las noticias que he podido recoger sobre

el asunto que los indios y los chinos poseen una especie de perlas muy semejantes á las perlas finas; que distinguen el sexo de ellas, encierran un macho y una hembra en una caja con algunos granos de arroz de una clase particular, y que al cabo de cierto tiempo la perla hembra varía ligeramente de forma en uno de los puntos de su superficie. La escrescencia, que es al principio muy pequeña, se hace en breve mas visible; engruesa, se redondea y se separa después de la perla madre para continuar viviendo y reproducirse á su vez. Para criar una familia de perlas, basta darle con regularidad el alimento que le conviene y baños de agua de mar, á lo menos tres veces por semana y preservarla de los olores fuertes, tales como el tabaco, el ámbar, y sobre todo el agua de colonia.

A los naturalistas toca examinar este hecho; yo refiero lo que he visto y todos los europeos que han ido á Java podrían confirmar lo que refiero.

Como el lector habrá observado, Surabaja es el punto donde he podido observar mejor las costumbres javanesas propiamente dichas. Acabo de ensalzar, como merecen, la inteligencia, los recursos, el arte y la industria de aquellos pueblos llamados injustamente salvajes; pero me resta referir ahora algunos crímenes á que los conducen sus pasiones y su interés, como en nuestras poblaciones civilizadas, y dar idea de su carácter particular.

Un día al sentarnos á la mesa en la fonda Schmidt oímos fuera espantosos gritos de terror que nos estremecieron. Salimos corriendo del comedor y vemos pasar con la rapidez de una flecha un hombre indígena con un kris en la mano y cuyo aspecto espresaba el paroxismo del furor.

«¡Amok! ¡Amok!» gritaban por todas partes, pero él habia desaparecido.

En el mismo momento, y mientras que alguno de nosotros corria detrás del fugitivo, aparece á nuestra vista una mujer llorando con los cabellos cortados á la altura del cuello. No tuve tiempo de ver mas, porque Schmidt me hizo subir á un coche con él, y lanzó los caballos en persecución de aquel desgraciado. Por todas partes encontrábamos personas asustadas huyendo en todas direcciones, ó que entraban precipitadamente en sus casas. En menos tiempo del que se emplea en decirlo, la calle habia quedado desierta; solo vimos algunos hombres armados de horquillas y de lanzas, agazapados en los cobertizos que existen en todas las encrucijadas de Surabaja, y uno de ellos con una maza en la mano, daba redoblados golpes en un gran cilindro de madera hueco colgado por uno de sus extremos al techo del cobertizo.

Al volver la calle ví á lo lejos al furioso, medio desnudo, con los cabellos desordenados, corriendo con todas sus fuerzas y á quien perseguía un grupo de

hombres que tambien llevaban lanzas y horquillas; pero desaparecieron como un torbellino.

Poco despues nos dijeron que ya le habian prendido y nos volvimos á la fonda.

La esplicacion de aquellas escenas, á una de las cuales asisti tambien en Batavia, es la siguiente:

Los javaneses, dígase lo que quiera en Europa, son generalmente dulces y tímidos. Por consiguiente,



Cementerio javanés en Surabaya.

cuando conciben la idea de un crimen, necesitan para escitarse á cometerle recurrir á la embriaguez, y eligen la mas terrible, la del opio. Cuando se encuentra dominado por aquel funesto veneno, se precipita con el kris en la mano sobre la víctima que ha escitado su odio y la degüella sin piedad; pero no quedando

satisfecho con el primer asesinato, echa á correr al acaso matando é hiriendo á todos los que encuentra. Ha habido casos de indios ébrios de opio, que han asesinado hasta quince y diez y siete personas. Esto es lo que se llama hacer *amok*.

Cuando se oye el grito *amok!* en un kampong,

los vigilantes y la guardia urbana, toman inmediatamente las armas; unos tocan el *thong-thong* y otros persiguen al fugitivo. Se le prende por medio de esas grandes horcas de que ya he hablado y que se llaman *bandhill*, y ordinariamente se le mata en el acto (1).

Hasta el dia siguiente no supe la historia de aquel *amok*, el nombre del desgraciado loco, la causa de su crimen ni el número de sus víctimas.

Alí, cocinero de la fonda de Schmidt, era un buen servidor, estimado de todos por su celo y su honradez. Como estaba bien pagado y disfrutaba de la consideracion de sus compañeros y de sus amos tenia cuanto necesitaba para ser feliz; pero amaba á Leda su prima, que era tan hermosa como insensible. En vano le habia hecho brillantes regalos, tales como *sahrongs* de ricos colores, sortijas de malaquita, bra-



Boda javanesa.

zaletes de plata esmaltados y cincelados; en vano cantaba los encantos de aquella cruel jóven, sus negros dientes, sus doradas mejillas como la corteza del

mangustan, sus ojos de carbon, sus cejas arqueadas como las hojas de siry: Leda se negaba á darle su negra mano.

(1) El *bandhill* es un arma extraordinariamente ingeniosa. Consiste en una horquilla cuyas ramas están cubiertas de una planta espinosa (*doere*), de modo que las espinas, que están vueltas en el sentido del mango, penetran en la carne del paciente, y no solo le impiden escaparse, sino que paralizan todos sus movimientos y le vuelven completamente dócil. El hombre mas furioso queda repentinamente domado por el horrible dolor que le causan las mil espinas que se le meten en los costados. Entonces sigue como un perro al que tiene el mango de aquella arma tan justamente temida de los indigenas. El prisionero no puede evitar aquel suplicio sino cuando se desatan las ligaduras de róten que sujetan alrededor de las ramas de la horquilla los vástagos espinosos de que se trata.

Un dia sabe que Leda, despreciando tan sincera pasion, se casa con Naidin, indigno rival que no tiene mas atractivo que sus rupias nuevas, amontonadas en su cofre de madera de alcanforero. Indignado Alí con semejante ingratitude, jura vengarse de una manera sangrienta; hace *amok*, es decir, se embriaga con opio, corre á casa de su amada agitando su *cris*, terrible puñal malayo, en forma de llama, y trata de cortarla la cabeza, muerte de la cual se libra aquella desgraciada á causa de la espesa cabellera que cubre su cuello. Entonces Alí, completamente furioso, se lanza por las calles de Surabaya y